El fuego, instrumento mágico

Nada define tanto al *Homo erectus* como hombre, el primero digno de este nombre, como su utilización del fuego. Desde que se atrevió a captar para su provecho esta fuerza natural de destrucción, su vida se vio transformada y su horizonte se ensanchó. En adelante, el *erectus* pudo cocer los alimentos, aumentando así su digestibilidad y su valor nutritivo. El calor del fuego le protegía contra el frío y su llama alejaba a las fieras e iluminaba.

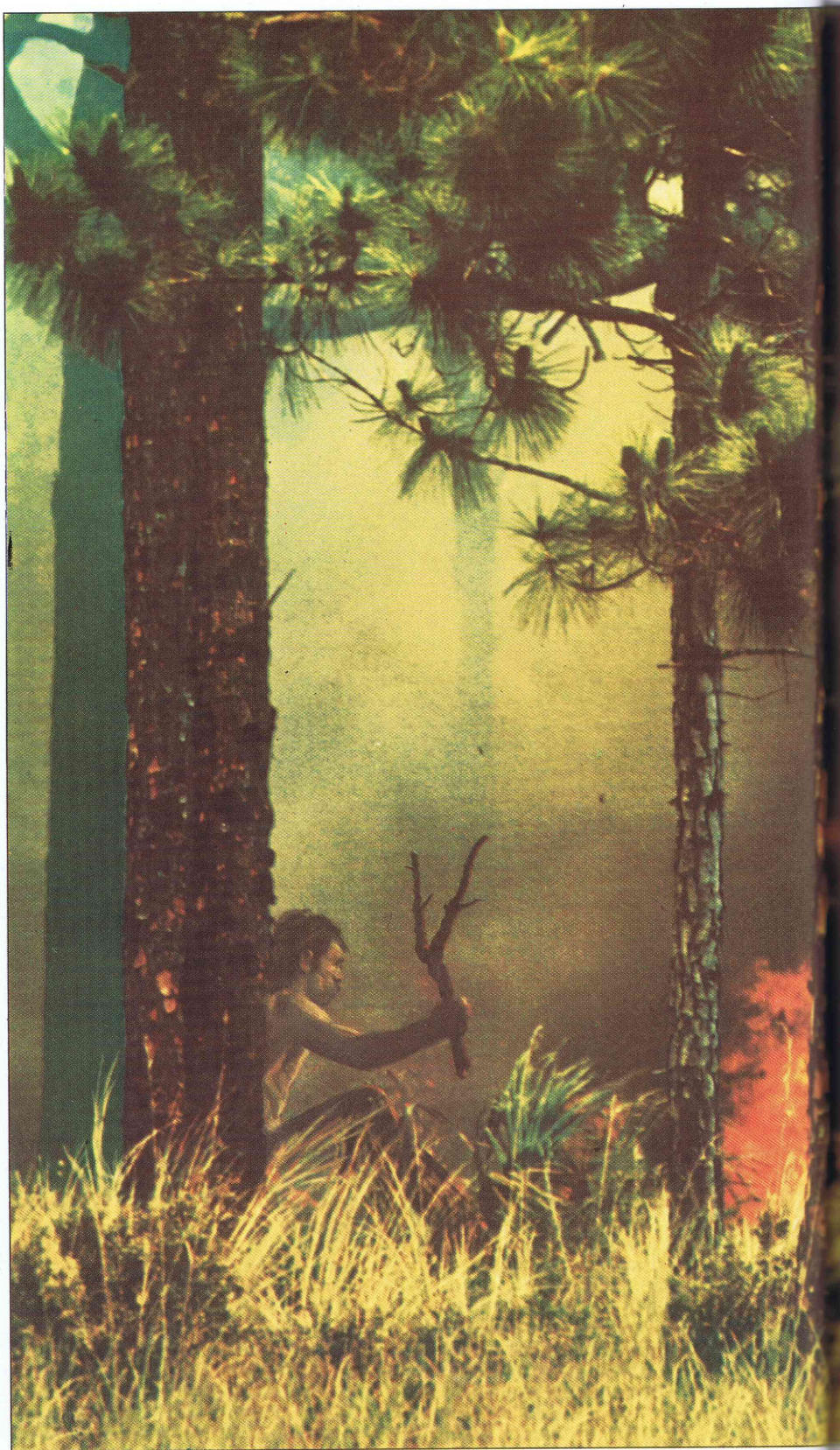
Resulta significativo subrayar que las pruebas más antiguas del uso del fuego por el hombre no proceden de su lugar de nacimiento, bajo los trópicos, allí donde la duración del día permanece casi constante y donde el sol calienta con regularidad, sino de una gruta llamada la Escala, en el Mediodía de Francia. Los hogares descubiertos en este lugar de Francia se remontan nada más y nada menos que a 750.000 años.

Atraído por la curiosidad, pero inmóvil todavía por el temor, este cazador se expone al fuerte calor de esa terrorífica fuente de fuego, la lava fundida.

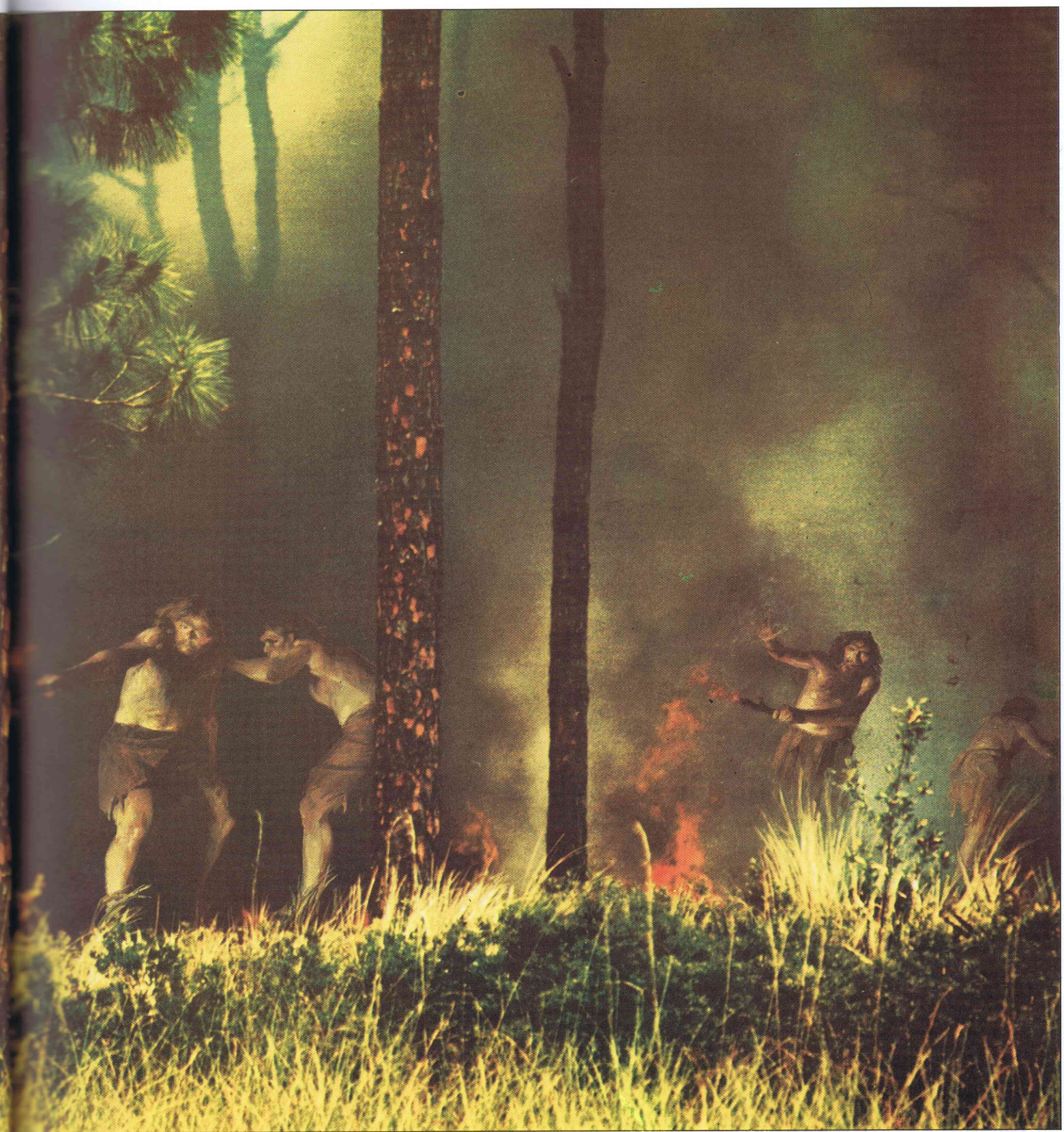
El hombre que robó el fuego de la naturaleza

En la época del *Homo erectus,* la corteza terrestre atravesaba un período de gran inestabilidad y el hombre fue, probablemente, testigo de erupciones y de corrientes de lava volcánica. Asistió igualmente a incendios de bosques, incendios provocados por el rayo, como en la presente fotografía, o bien por combustión espontánea de filones de carbón o de nafta. Su primera reacción ante fenómenos tan impresionantes fue, sin duda, de profundo terror, pero un día osó acercarse a las llamas. El simple hecho de coger una rama inflamada para espantar a una fiera llevó quizá a *erectus* a descubrir que el fuego era útil y susceptible de ser dominado. Pero, ¿cómo mantener la llama?

Debieron sucederse una serie de incendios antes de que el *Homo erectus* aprendiera a llevarse consigo el fuego en sus desplazamientos, a fin de poder encender nuevos hogares; quizá transportaba brasas encendidas o supo fabricar antorchas de combustión lenta. Es cierto que un día aprendió a conservar un fuego permanente en su casa: en las cavernas de Choukoutien, en China, que albergaron al *Homo erectus* hace 400.000 años, los investigadores han descubierto un hogar cuyas cenizas se habían acumulado y presentaban una disposición de 7 m de altura, prueba innegable de que numerosas generaciones habían mantenido un fuego de manera permanente.

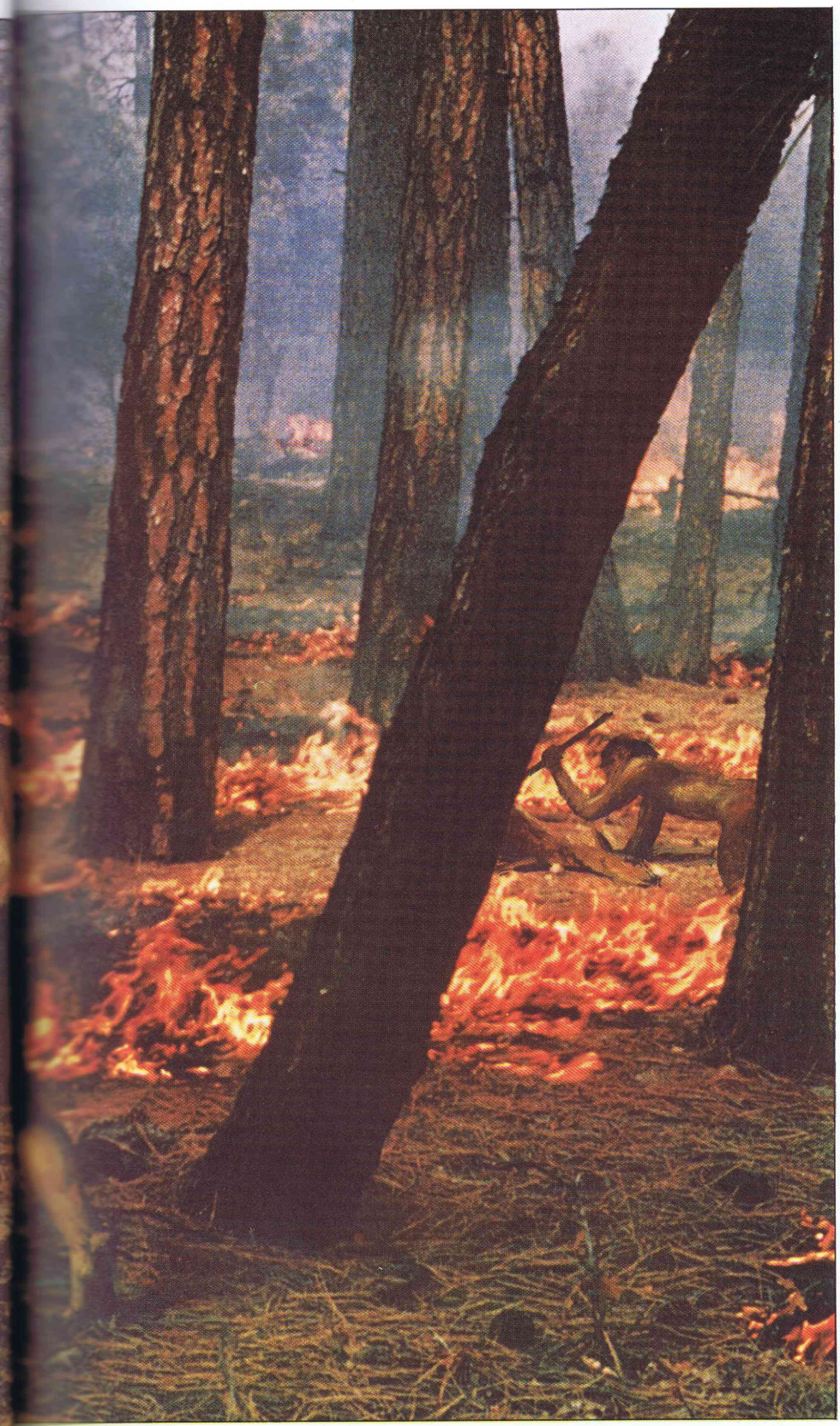


Testigos de un incendio provocado por el rayo en un bosque , estos cazadores adoptan diversas act



Uno de ellos, más fascinados que asustados por el espectáculo, descubren que pueden llevarse con facilidad el fuego acercando una rama o una estaca a la hoguera.

Después de haber prendido fuego, los cazadores matan las ciervas que huyen. Esta táctica exigía una técnica especial y cooperación, pero conllevaba ciertos r



podían encender otros focos, exponiendo a los cazadores a verse súbitamente rodeados por el fuego.

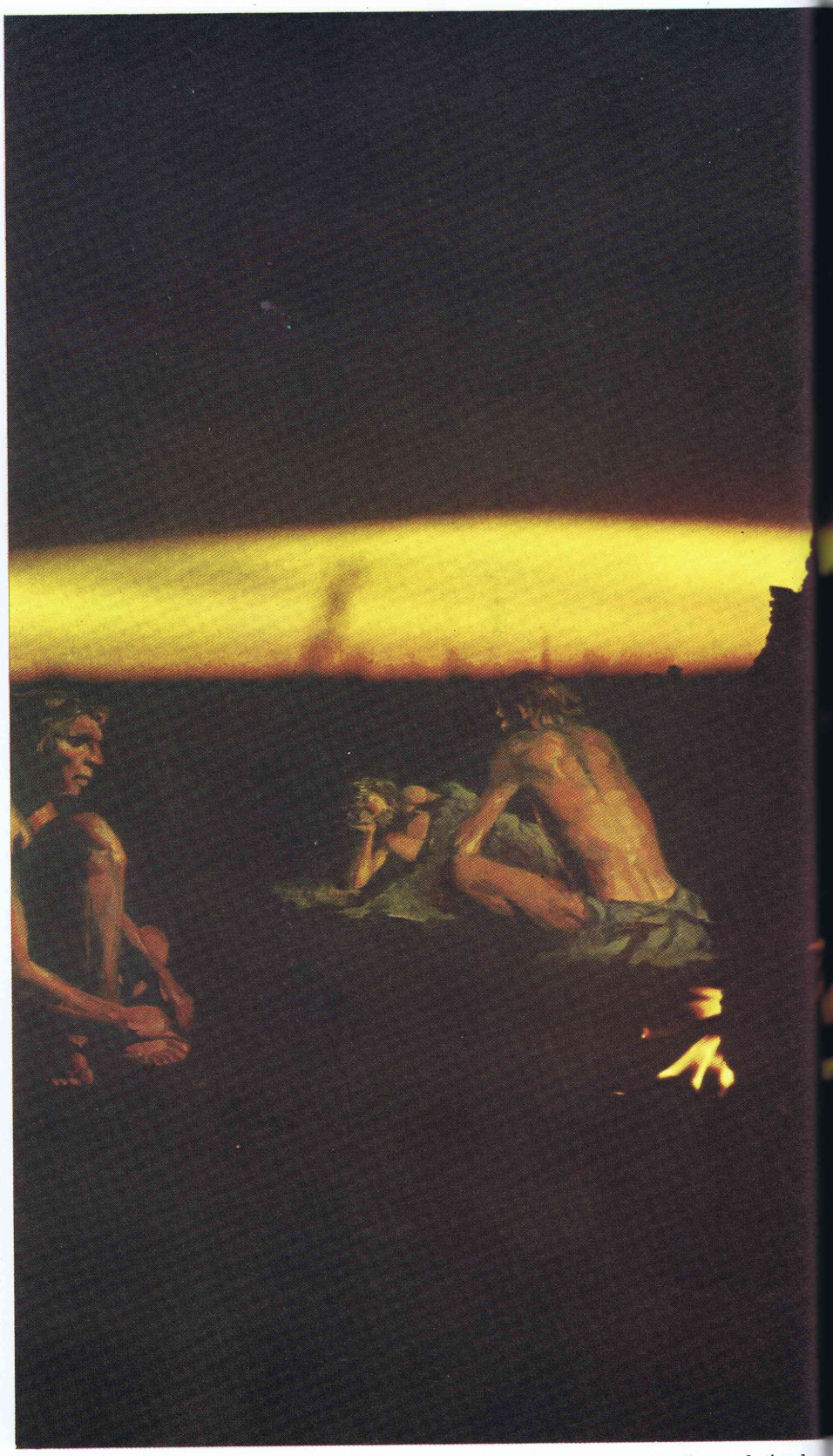
Un arma eficaz en la caza y la lucha

Incluso las fieras más feroces temen el fuego, y el *Homo erectus* debió darse rápidamente cuenta de ello. Una vez superado su propio temor a las llamas y habiendo utilizado ya el fuego para espantar a los predadores, expulsarlos de su campamento y desalojar a los osos y los tigres de las grutas, *erectus* hubo de considerar la posibilidad de cazar mediante el fuego. Al incendiar la capa seca de los bosques o las altas hierbas de una llanura, desalojaba a los animales que vivían allí y, una vez al descubierto, podía matar incluso a los de mayor tamaño. Uno de los métodos empleados consistía, por lo que parece, en encender un semicírculo de fuego detrás de las presas. A medida que las llamas iban avanzando, algunos de los animales, más aterrados por las llamas que por los hombres, daban marcha atrás en dirección a ellos. Entonces los cazadores los abatían utilizando lanzas, garrotes y hachas de piedra.

La alianza entre el cazador y el fuego presentaba ciertos inconvenientes. Los hombres se exponían continuamente a verse rodeados por el incendio y debieron de utilizar este sistema tomando sus precauciones. Organizar una caza mediante el fuego debió de exigir grandes esfuerzos de imaginación por parte del *Homo erectus*, cuya inteligencia se despertaba lentamente, pero las numerosas ventajas que ofrecía ese método de caza impulsaron a nuestros antepasados a realizar otras hazañas.

El hogar, cuna del lenguaje

El dominio del fuego engendró en el hombre primitivo una nueva tendencia a la sociabilidad. Atraídos por el calor del hogar y la protección contra las fieras que les proporcionaba la llama, los grupos de hombres, mujeres y niños podían así, a la luz del hogar, prolongar su jornada una vez anochecido. Agrupados en torno a la seguridad del fuego de campamento, podían trabajar en la fabricación de las armas y herramientas, cocer los alimentos, comerlos y luego dormir; en climas rigurosos se acurrucaban probablemente lo más cerca posible del hogar. De esta manera, aquel hogar, ya se encendiera en el exterior o en el interior de la gruta, se convirtió en el centro alrededor del cual cristalizó una existencia cada vez más orientada a la solidaridad y al espíritu de familia. Además, la obligación de mantener el fuego de una manera permanente reforzó la creciente importancia del campamento de base, que representaba un lugar, aunque provisional, donde las mujeres podían cuidar de los hijos y al que regresaban los cazadores. A medida que se desarrollaba el sentido del hogar doméstico, los miembros del grupo debieron de sentirse estimulados, por sus necesidades y experiencias mutuas, a utilizar cada vez más la expresión verbal. Al hacerlo, en la reconfortante claridad del fuego de campamento aceleraban una evolución primordial, la del lenguaje.



En el crepúsculo, algunos Homo erectus *en torno a un fuego de campamento. Junto al círculo*

de luz, y estimulados por su espíritu comunitario, los erectus, *con un habla lenta y mediante expresivos gestos, comentan cómo les ha ido la caza del día.*